

*Marcelo Maito**

EPISTEMOLOGÍA, ONTOLOGÍA Y RELACIONES DE PODER EN *EL PROBLEMA DE LA REALIDAD SOCIAL Y LAS ESTRUCTURAS DEL MUNDO DE LA VIDA*

EPISTEMOLOGY, ONTOLOGY AND POWER RELATIONS IN *THE PROBLEM
OF SOCIAL REALITY AND THE STRUCTURES OF THE LIFE WORLD*

EPISTEMOLOGIA, ONTOLOGIA E RELAÇÕES DE PODER EM *O PROBLEMA
DA REALIDADE SOCIAL E AS ESTRUTURAS DO MUNDO DA VIDA*

RESUMEN

En este artículo se expone una reflexión sobre algunos de los principales nudos conceptuales de las obras *El problema de la realidad social* y *Las estructuras del mundo de la vida*. En primer lugar, se presenta una breve reseña sobre estos nudos conceptuales. En segundo lugar, se realiza una reflexión crítica de carácter epistemológico sobre las implicaciones que estos conllevan desde el punto de vista ontológico y politológico.

Palabras clave: Schütz, ontología, epistemología, ciencias sociales, neutralidad valorativa, objetividad, racionalidad, estructura social.

ABSTRACT

This paper offers a reflection on some of the main conceptual knots of the works “The problem of social reality” and “The structures of the life world”. Initially, a brief review is presented on them to then make a

critical reflection of an epistemological nature, on the implications they entail from the ontological and political point of view.

Keywords: Schütz, ontology, epistemology, social sciences, value neutrality, objectivity, rationality, social structure.

RESUMO

El presente trabajo ofrece una reflexión sobre algunos de los principales nudos conceptuales de las obras “El problema de la realidad social” y “Las estructuras del mundo de la vida”. Se presenta inicialmente una breve reseña sobre aquellos para luego realizar una reflexión crítica de carácter epistemológico, sobre las implicaciones que acarrearán desde el punto de vista ontológico y politológico.

Palavras-chave: Schütz, ontología, epistemología, ciencias sociales, neutralidad valorativa, objetividad, racionalidad, estructura social.

* Licenciado en Ciencia Política de la Universidad de Buenos Aires (Buenos Aires). Estudiante de la Maestría en Metodología de la Investigación en Ciencias Sociales de la Universidad Tres de Febrero (Buenos Aires).

INTRODUCCIÓN

Quien quiera analizar los conceptos básicos de las ciencias sociales debe estar dispuesto a embarcarse en un laborioso viaje filosófico, pues la estructura significativa del mundo social sólo puede deducirse a partir de las características más primitivas y generales de la conciencia (Schütz citado en Schuster, 2002, p. 65).

En las obras *El problema de la realidad social* (Schütz, 1995) y *Las estructuras del mundo de la vida* (Schütz y Luckmann, 2001) se intentará sentar y clarificar las bases metodológicas y ontológicas para la sociología comprensiva, aquella que tiene como objetivo conocer y explicar la realidad social, interpretándola, captando las dimensiones subjetivas de la acción. Para ello, a lo largo de estas obras se desarrollará una trama conceptual en la que se intentará explicar y justificar la pertinencia de su método, así como la ontología de los actores sociales.

En este artículo se realiza un breve repaso sobre los ejes centrales de la cosmovisión schütziana, con la intención de reflexionar acerca de las conceptualizaciones, su pertinencia y sus implicaciones epistemológicas y sociopolíticas. Si bien en la obra de este autor hay pocas referencias al mundo de la política y el conflicto, y cuando se menciona es por lo general para dejarlo de lado, sus conceptualizaciones no carecen de consecuencias políticas y exhiben diversos puntos de partida hacia una posterior reflexión, ya sea de carácter político, epistemológico o metodológico. Por tanto, el objetivo de este estudio no es rescatar los aportes a la reflexión teórico-epistemológica, cuestión ampliamente abordada, sino explorar los resquicios, las fisuras y las grietas por donde se cuelan problemáticas no abordadas o abordadas de manera insatisfactoria o insuficiente. Para ello, se delega al lector la responsabilidad de abordar las obras referidas, por lo que solo se mencionarán someramente, y a modo de repaso, los principales conceptos que aquí se discutirán.

UN BREVE REPASO DE LOS NUDOS CONCEPTUALES CENTRALES

Los actores sociales son seres dotados de *capacidad interpretativa*, esto es, son capaces de dotar de sentido a los diferentes sucesos y elementos del mundo con los cuales se relacionan. En este contexto, no existen los hechos puros y simples, los hechos o datos que hablan por sí mismos, sino que todo es interpretado por los actores sociales. Estas interpretaciones que hacen los actores del mundo social, en cuanto legos, son lo que el autor denomina interpretaciones de sentido común o *interpretaciones de primer orden*. En este sentido, la interpretación no es un método propio de las ciencias sociales, sino que es el método o la herramienta con la cual los actores sociales cuentan para significar o dar sentido a los hechos y manifestaciones en su vida cotidiana, así como para desenvolverse en el mundo social.

En este punto aparece la primera diferenciación entre las *ciencias naturales* y las *ciencias sociales*. En las ciencias naturales, los científicos determinan qué resulta significativo para sus objetivos, así como qué hechos, qué datos, cuáles aspectos y qué sucesos son relevantes. Si bien esto es significativo en el ámbito de dichas ciencias, el objeto de estudio, como los átomos o las bacterias, no tiene nada que decir acerca de su propio ámbito ni de las construcciones científicas que se realizan sobre él. Por otro lado, respecto a las ciencias sociales, el mundo social contiene estructuras y sentidos para los seres humanos que lo habitan. Estos lo interpretan a través de construcciones de sentido común con lo cual pueden orientarse, realizar predicciones y desenvolverse en la cotidianidad de la vida. De esta manera, el científico social realiza construcciones sobre construcciones elaboradas por el pensamiento de sentido común, es decir, interpretaciones de interpretaciones o *interpretaciones de segundo orden*.

Las interpretaciones de sentido común se basan en un *acervo de experiencias previas*, las cuales pueden ser nuestras o transmitidas a través de los diferentes procesos de sociabilización en instituciones (familia, escuela, trabajo, iglesia, etc.). Este acervo representa el *conocimiento a mano*, es decir, aquel conocimiento que nos permite operar sobre lo cotidiano de manera pragmática y suficiente. Funciona como un esquema de referencia en la forma de *experiencias típicas*, o tipificaciones, sobre hechos concretos, prácticas sociales y objetos del mundo de la vida, de manera tal que permite anticipar experiencias con distintos grados de certidumbre. Este conocimiento permanece en principio incuestionado, aunque es siempre cuestionable, hasta que resulta problemático frente a una situación determinada donde no resulta suficiente para resolver el problema a mano que se presenta.

Por otra parte, todos los seres humanos tienen una *situación biográficamente determinada*, es decir, ocupan un espacio material y temporal en el mundo, y tienen una posición sociocultural y un mínimo de definiciones éticas e ideológicas; en otras palabras, tienen su historia concreta y particular. Cada situación biográfica particular comprende un marco que habilita, y constriñe, una cantidad limitada de pensamientos y acciones. La historia de los sujetos es un condicionante de lo que son capaces de hacer y de pensar con distintos grados de nitidez, claridad y precisión (Schütz, 1995).

NEUTRALIDAD VALORATIVA, LA OBJETIVIDAD Y EL PROBLEMA DE LA RACIONALIDAD

Cabe preguntarse cuál es la posibilidad de la neutralidad valorativa en referencia a la propuesta schütziana que toma como modelo de ciencia social desarrollada a la economía ortodoxa, la cual postula junto con una metodología econométrica una ontología divorciada de la realidad del ser humano, es decir, un ser humano de tendencias marcadamente racionales que se rige en sus decisiones económicas por el imperativo de la maximización, insertado en diferentes escenarios de un submundo en donde no existe otra cosa que el intercambio de valores económicos o mercancías, un *homo economicus*¹ que ignora las relaciones de poder, valores, instituciones y conocimientos extraeconómicos. En este contexto, los impactos de la actividad humana sobre el ambiente se consideran externalidades, sin lugar en el cálculo; por ejemplo, se piensa que el agua “no tiene valor” debido a su abundancia, sin importar su carácter imprescindible para la vida. En un pasaje sugerente, De Sousa Santos (2009) se refiere a la distancia existente entre los métodos de investigación y los sistemas teóricos, la cual comenzó a acentuarse a principios del siglo XX:

Aunque esta discrepancia sea inherente a todas las ciencias sociales, por razones que precisan aún ser explicadas, es en la economía convencional donde el foso entre el grado de resolución de la detección [métodos] y el grado de

1 En todas las ciencias sociales existen caracterizaciones sobre los agentes sociales, sean individuos o grupos, que forman parte del modelo teórico, es decir, una construcción de tipo ontológico. En economía, la denominación *homo economicus* designa el modelo neoclásico-liberal-utilitarista de individuo que habita la sociedad de mercado. Con algunas variantes, este individuo se caracteriza por orientar su conducta a la maximización individual de utilidades, basada en el propio interés y en su capacidad de representarse a estos de manera total y en una escala ordenada y estable. Estas características serían, además, universales y naturales. Resultaría tedioso, extenso y repetitivo reproducir el debate dado sobre este tema aquí, por lo que se recomienda consultar un excelente artículo de Acuña (1997), que ilustra de forma general esta temática. Bastará destacar las advertencias de este autor en relación con la necesidad de diferenciar la eficacia metodológica, referida a la correspondencia con el tipo y complejidad del objeto de análisis de las especulaciones ideológico-filosóficas que no refieren a componentes válidos (falsables o sujetos a contrastación) del análisis social empírico. La teoría neoclásica, en general, tiende a mezclar ambas cuestiones, construyendo modelos de individuo basados en axiomas propios de la especulación ideológico-filosófica que son distintos de las construcciones teóricas y metodológicas.

resolución del reconocimiento [teorías] se presenta más amplio. Y, ciertamente por las mismas razones, la economía es la ciencia en que la propia existencia del foso ha sido más acérrimamente negada. Consecuentemente, una vez que el grado de resolución de la identificación es determinado por el componente de más débil resolución, o sea, por la teoría y, por lo tanto, por la resolución del reconocimiento, la economía convencional funciona e interviene en la vida social de un modo que es de un grado grosero, pero consigue legitimar su funcionamiento y su intervención como si ellos tuvieran una calidad de resolución de grado fino. Las consecuencias de las intervenciones de la economía en la sociedad no pueden sino denunciar el exceso de esta pretensión (p. 74).

Por su parte, Wright Mills (1969), quien se ocupa también de los pilares epistemológicos y metodológicos de las ciencias sociales, afirma que los economistas “los más ‘formalizados’ con mucho de los investigadores sociales, han llegado a saber que el antiguo ‘hombre económico’, hedonista y calculador, ya no puede ser considerado como fundamento psicológico de un estudio adecuado de las instituciones económicas” (p. 172). Y agrega: “La diversidad humana es tal, que ninguna psicología ‘elemental’, ninguna teoría de los ‘instintos’, ningún principio de ‘naturaleza humana fundamental’, entre los que conocemos, nos permite explicar la enorme variedad de tipos y de individuos humanos” (p. 176).

Más allá de los comentarios del autor acerca del “éxito” de las ciencias económicas, y las consecuencias implícitas de este pensamiento, es importante ahondar en su propuesta acerca de las construcciones de segundo grado, las de las ciencias sociales. Al respecto, Schütz (1995) explica:

[...] [la] actitud del especialista en ciencias sociales es la de un mero observador neutral del

mundo social. No toma parte en la situación observada [...] contempla con la misma distante ecuanimidad con que el especialista en ciencias naturales observa los sucesos de su laboratorio (p. 62).

En este breve extracto se muestran implicaciones tanto metodológicas como ontológicas. En primer lugar, se evidencian los resabios del monismo metodológico propio de la concepción positivista de la ciencia, que subsisten en el autor al afirmar que el científico social aborda el trabajo de campo de la misma manera que se hace en las ciencias naturales. Parecería, según el postulado del autor, que existe una distancia segura en la cual el analista puede observar, dando cuenta de los significados subjetivos, sin causar interferencias en las relaciones que está observando. Esto último sería posible porque el analista social realiza su trabajo adoptando una “actitud científica”, que le permite reemplazar o desprenderse de su situación biográficamente determinada, es decir, aquello que le es propio y exclusivo a él, lo que equivale a decir que se deshace de todo rasgo particular de su personalidad.

En nuestra contemporaneidad, la elección del problema de investigación y del marco teórico-metodológico muchas veces se basa en los intereses personales de investigación y en los valores del autor, dado que, antes que nada, es una persona humana que piensa, siente y es parte del mundo social. Por tanto, no es posible desprenderse de la propia humanidad, la situación biográfica particular, como si fuera un traje del cual es viable liberarse, echando mano a una “actitud científica”. Una actitud científica correcta tiene como eje la adecuada construcción de un problema de investigación y su desarrollo explícito y detallado, más que la pretensión de transformarse en un ser no-yo. Del mismo modo, no existe distancia segura que garantice ecuanimidad alguna. En primer lugar, tanto en ciencias sociales como en ciencias naturales, el instrumento de medición y el mis-

mo analista son inevitablemente factores de distorsión, por más mínima e ínfima que esta sea². Resulta sugerente y en marcada línea positivista la pretensión en la cual el científico, debido a sí mismo, tendría un acceso privilegiado a la verdad. De Sousa Santos (2009), siguiendo una larga tradición en contra de estas simplificaciones gnoseológicas, asume una postura que se encuentra en las antípodas de lo planteado por Schütz.

Los presupuestos metafísicos, los sistemas de creencias, los juicios de valor no están antes ni después de la explicación científica de la naturaleza o la sociedad. Son parte integrante de esa misma explicación [...] Hoy sabemos o sospechamos que nuestras trayectorias de vida personal y colectivas (en cuanto comunidades científicas) y los valores, las creencias y los prejuicios que acarrear son la prueba íntima de nuestro conocimiento, sin el cual nuestras investigaciones en el laboratorio o archivo, nuestros cálculos o nuestros trabajos de campo constituirían un enmarañado de diligencias absurdas sin madeja ni hilo. Sin embargo, este saber, sospechado o insospechado, recorre hoy subterráneamente, clandestinamente, nuestros no-dichos de nuestros trabajos científicos (pp. 52-53).

Por otra parte, también es posible preguntarse legítimamente si es lícito hablar de neutralidad valorativa cuando Schütz (1995) afirma:

[...] el especialista en ciencias sociales sustituye los objetos de pensamiento de sentido común referentes a sucesos y acontecimientos únicos construyendo un modelo de un sector del mundo social dentro del cual solo se producen los sucesos tipificados significativos para el problema específico que el hombre de ciencia investiga. Todos los demás sucesos del mundo social son considerados no significativos, “datos” contingentes, que deben ser apartados del análisis mediante técnicas metodológicas apropiadas [...] (p. 69).

En este pasaje se confirma una vez más la admiración del autor por los modelos de la economía ortodoxa y su fútil intento por establecer una ciencia social con los patrones de científicidad dominantes. Sin embargo, no hay neutralidad valorativa cuando un analista o científico social genera conceptos referidos a determinados sucesos, cuestiones o variables, dejando otros datos fuera del análisis por considerarlos no significativos, puesto que no existe un modelo universal y *a priori* que determine la “no-significatividad” de un fenómeno social particular. Bastará con decir que, en virtud de los marcos interpretativos elegidos por el analista, este estará produciendo discursos con pretensiones de verdad y validez que se posicionarán en una arena discursiva específica, legitimando una cosmovisión del mundo, determinados actos y actores sociales dentro de él, así como deslegitimando o invisibilizando otros.

2 En el campo de la física cuántica, el principio de incertidumbre formulado por Werner Heisenberg constituye un claro ejemplo de lo expuesto. Según este, no existe la posibilidad de deducir simultáneamente los errores de medición de la velocidad y posición de las partículas. Todo lo que se puede hacer para aumentar la precisión de la medición de una de estas variables redundará en un mayor error en la medición de la otra. Como explica Hawking (2015): “El principio de incertidumbre (o de la indeterminación), contrariamente a la creencia de Laplace, afirma que la naturaleza impone límites a nuestra capacidad de predecir el futuro mediante leyes científicas [...] Según la teoría cuántica, incluso un solo cuanto de luz perturbará la partícula y modificará su velocidad de forma impredecible. Y cuanto más energético sea el cuanto de luz utilizado, mayor será la perturbación esperada. Esto significa que, para medir con más precisión la posición, tenemos que utilizar un cuanto más energético, con lo que la velocidad de la partícula se verá más perturbada. Por tanto, con cuanta mayor precisión tratemos de medir la posición de la partícula, menor será la precisión con que podremos medir su velocidad, y viceversa. Heisenberg demostró que la incertidumbre en la posición de la partícula, multiplicada por la incertidumbre en su velocidad, multiplicada por la masa de la partícula, nunca puede ser menor que un valor dado. Esto significa, por ejemplo, que si reducimos a la mitad la incertidumbre en la posición, se duplica la incertidumbre en la velocidad, y viceversa. La naturaleza siempre nos obligará a participar en esta negociación” (pp. 119-120).

Esto se puede demostrar recurriendo a la historia reciente del pensamiento neoliberal y sus repercusiones alrededor del mundo, cuestión que excedería los objetivos de este trabajo. Cada marco teórico tiene una concepción de las relaciones de poder, un lenguaje o un conjunto de conceptos específicos, así como un conjunto de problemas por resolver y una serie de herramientas analíticas destinadas a racionalizar y solucionar dichos problemas. Si bien el problema para el marxismo y el liberalismo radica en última instancia en el Estado (como reproductor y garante de un orden social injusto en el primer caso, y como un distorsionador de las relaciones económicas en el segundo) ambos difieren diametralmente en la “cosmovisión-natural-relativa” del mundo social, utilizan conceptos completamente distintos (plusvalía, y ganancia) y proponen diferentes soluciones (propiedad colectiva de los medios de producción, y estado mínimo o gendarme). En ciencias sociales, no existe la neutralidad valorativa porque el hacer implica tomar una posición frente al mundo social, frente a las relaciones de poder, determinada en parte por el marco teórico elegido y por la cosmovisión que implica ese marco sobre la realidad social, así como por las propias concepciones del autor que jugarán un papel importante en la elección del tema a investigar y en cómo lo desarrollará.

En relación con lo anterior, Wright Mills (1969) sostiene que “No hay modo de que un investigador social pueda evitar el hacer juicios de valor e implicarlos en el conjunto de su trabajo” (p. 189), y agrega:

Sépalolo él o no, la agrupación de problemas de un individuo –cómo los enuncia y qué priori-

dad le asigna a cada uno— descansa sobre métodos, teorías y valores [...]. Porque la objetividad en el trabajo de la ciencia social requiere el intento constante de llegar a saber explícitamente todo lo que va implícito en la empresa; requiere un intercambio amplio y crítico de tales intentos. No es con modelos dogmáticos de *método científico* ni con pretenciosas proclamas de los *problemas de la ciencia social* como pueden los investigadores sociales esperar desenvolver sus disciplinas de un modo fructíferamente acumulativo (pp. 143-144).

Cabe preguntarse cómo se podría lograr una profundización y jerarquización de las ciencias sociales, si estas se basan en constructos artificiales en donde los homúnculos³ schützianos no presentan las características ontológicamente fundamentales de los actores sociales. Por supuesto que el autor no incita abiertamente a la formulación de esquemas que contengan características y propiedades que no respondan a los objetos que conforman el mundo social, los seres humanos y las realidades sociales instituidas. Sin embargo, parece claro que tomar como modelo esquemas simplificados en exceso responde más a la necesidad del investigador que a la necesidad de unas ciencias sociales con una robusta capacidad explicativa. En este sentido, Schütz sostiene:

[...] esos modelos de actores no tienen biografía ni historia, y la situación en la que son colocados no está definida por ellos, sino por su creador, el especialista en ciencias sociales, que ha creado esos títeres u homúnculos para manipularlos con vistas a lograr su propósito [...] pero el títere y su conciencia artificial no están sometidos a las condiciones ontológicas

3 Con este concepto, el autor se refiere al agente social artificial que el científico social construye para integrar en su modelo explicativo, a la manera de tipo ideal. Todas las características del agente social artificial (racionalidad, motivaciones, motivos, etc.) son pensadas en sus pautas típicas. Este tema se puede ampliar en Schütz (2003, pp 73-76).

de los seres humanos. El homúnculo no nació, no crece ni morirá. No tiene esperanzas ni temores, no conoce la ansiedad [...] No es libre en el sentido de que su acción pueda transgredir los límites que ha establecido su creador, el científico social. Por lo tanto no puede tener otros conflictos de intereses y motivos que los que aquel le ha atribuido. No puede errar, si errar no es su destino típico (pp. 73-74).

Bajo estos esquemas de análisis, donde existe una reducción o simplificación significativa de la diversidad y capacidad de agenciamiento, se corre el peligro de que todo lo que no entra en el modelo creado por el científico social puede ser descartado mediante caracterizaciones que implican la estigmatización e invisibilización de los fenómenos y los actores, que resultan involucrados bajo las diversas etiquetas de inferioridad (irracional, anormal, subdesarrollado, entre otras) o de no-significatividad.

En todo caso, se plantean las siguientes preguntas: ¿Cuál es el valor de una ciencia que toma por objeto a los seres humanos y que, sin embargo, construye una concepción ontológica que no se corresponde con ella o que se encuentra profundamente cercenada? ¿Cómo abordar las problemáticas sociales sin un marco teórico que represente los componentes fundamentales de las estructuras sociales del mundo de la vida? ¿Es la elección del estudio de los sucesos o prácticas típicas desinteresada? ¿Cuál es el estatus de lo no típico?

En relación con lo estrictamente ontológico, en las situaciones que plantean Schütz y Luckmann (2001) se evidencia claramente que los sujetos del mundo de la vida son individuos atomizados que se relacionan con otro objeto, un otro representado simbólicamente (el cartero, la burocracia postal, el perro, etc.) o, para ajustarse a los conceptos schützianos, un otro constituido en sus tipicidades o en sus formas ideales y destacado por sus propie-

dades específicas. Así, el otro es esencializado según las características que se establecen desde una otredad y en función de sus objetivos, como típicas de lo otro. Pero, ¿qué otras preocupaciones además de las construidas como “típicas” tienen los otros representados? ¿Son estas preocupaciones típicas realmente preocupaciones para los otros? ¿Tienen preocupaciones que no sean simples inquietudes o asuntos privados? ¿Cuáles son sus preocupaciones centrales o más importantes? Las tipificaciones de los individuos en cuanto funciones-objeto son constituidas como funciones sociales y no como sujetos humanos que transitan el mundo de la vida atravesados por diferentes aristas, ejerciendo diversos roles de poder.

El mundo de la vida planteado por Schütz es un mundo libre de conflicto, de intereses contrapuestos, de antagonismos, de sujetos de poder. No hay lugar para relaciones sociales significativas, sean económicas, políticas o de cualquier tipo. Se trata de un mundo donde prevalece un sistema con una estabilidad y normalidad casi absolutas. En este sentido, resuena la crítica que Wright Mills (1969) le hace a Parsons:

Para aceptar su sistema nos vemos obligados a eliminar del cuadro los hechos de poder y, en realidad, de todas las estructuras institucionales, en particular la económica, política y la militar [...] no tienen lugar esas estructuras de dominio [...]. Los antagonismos estructurales, las rebeliones de gran escala, las revoluciones no pueden ni imaginarse. Realmente, se supone que “el sistema”, una vez establecido, no sólo es estable, sino intrínsecamente armonioso [...]. La eliminación mágica del conflicto y la maravillosa consecución de la armonía alejan de esta teoría “sistemática” y “general” las posibilidades de tratar el cambio social, la historia (pp. 60-61).

HISTORICIDAD, PODER Y CONOCIMIENTO. LA DETERMINACIÓN Y DELIMITACIÓN SOCIAL DEL ACERVO DE CONOCIMIENTO

Existe una idealización de la capacidad de acceso al acervo social de conocimiento (conocimiento disponible y circulante), así como de las situaciones en las que se requiere el acceso a este. Por un lado, dada la distribución desigual de los conocimientos incorporados en el acervo subjetivo de conocimiento, hecho constituido por la estructura social del mundo de la vida, resulta problemático el carácter de mercancía atribuido al conocimiento que circula en este. El conocimiento no es una cosa a la que se pueda recurrir, sino una diversidad de discursos con pretensión de verdad que encuentran (o no) expresión en diferentes canales. Aprender conocimiento requiere tiempo, esfuerzo y en muchos casos dinero; adquirirlo implica aún más cantidad de estos elementos. Resulta poco probable que un asalariado aprenda albañilería para arreglar su casa cuando tiene a la mano la guía de servicios de albañiles profesionales. Aunque esto implica cierto acceso al acervo social de conocimiento, resulta difícil concebirlo como conocimiento adquirido en el sentido estricto de “conocer”. A un problema típico: daño en la pared de la casa, se responde con una solución típica: llamar a un albañil competente para encargarle el trabajo, siempre y cuando el individuo sea un sujeto típico, un “asalariado normal”. Sin embargo, en la inmediatez de la vida cotidiana, no todos los sucesos ocurren de modo que los actores dispongan de tiempo y recursos para analizar racionalmente la situación y elegir la mejor solución a esta.

Por otro lado, la dimensión de lo cotidiano alude a las estructuras rutinarias del mundo de la vida: lo típico de la cotidianeidad diferente de una rutina individual. Por ejemplo, quien va al hospital por un problema de salud rompe con su rutina diaria sin hacerlo con lo rutinario del mundo de la vida.

Quien necesite atención médica puede optar por una opción dentro de un conjunto de soluciones típicas, pero esta tipicidad, esta respuesta socialmente estructurada que puede ser una solución al problema típico de un individuo, no es inducida o deducida por el actor social de manera racional como un proceso interno para encontrar una respuesta satisfactoria a su problema, sino que lo racional está condicionado por alguna de las pautas típicamente estructuradas, socialmente determinadas como soluciones.

En este caso, lo racional se reduce a la selección entre pautas socialmente establecidas y no a un proceso de elucidación. En otras palabras, la racionalidad del sentido común en el esquema schütziano está más relacionada con la elección entre alternativas socialmente determinadas (soluciones típicas establecidas por costumbre o fácil acceso) que con un proceso de racionalización o reflexión sobre la problemática y su solución; es decir que la garantía de la racionalidad radica en el hábito de lo institucionalizado y no en un proceso de racionalización. Pero ¿son siempre las soluciones típicas y socialmente determinadas las únicas posibles? ¿Son las soluciones típicas las mejores? ¿Responde lo socialmente determinado como respuesta típica a los intereses de los actores sociales? ¿Cómo es el proceso por el cual una solución es establecida como respuesta típica? ¿Quiénes fueron los actores de dichos procesos? ¿Cuál es el rol de los medios de comunicación en la determinación de lo socialmente aprobado y de lo típico? ¿Qué intereses existen detrás de lo típicamente establecido como vía de acción o pauta de comportamiento?

Según han señalado autores como Giddens (1995), el esquema schütziano no da cuenta de las condiciones iniciales de la acción ni de sus consecuencias no deseadas. Aquí, la acción social responde a situaciones de normalidad donde se presume que los actores sociales, también normales, cuentan con tiempo y recursos para informarse y obtener una buena solución de acuerdo con sus propios cri-

terios; por lo cual este tipo de análisis se enfoca en la inscripción de lo típico como una clasificación de lo normal y lo anormal, o anómico. Se trata de un sistema donde nada se cae en el camino que implica el estado de cosas deseado por un actor y su concreta materialización, un sistema que desconoce la entropía.

El sujeto humano nace en un mundo que tiene su propia historicidad y estructura social, por lo que se encuentra socialmente determinado y delimitado por aquellos elementos sociales que le son dados y que encuentran diversas expresiones específicas. Los componentes del acervo de conocimiento están socialmente condicionados debido a una determinada estructura social que distribuye de manera heterogénea el conocimiento y un conjunto de esquemas interpretativos, que constituyen una “cosmovisión natural-relativa” del mundo social, los cuales son aprendidos e incorporados por los individuos. En palabras de los autores:

Por pequeña y simple que sea una “sociedad”, toma sus recaudos contra la “extinción” del conocimiento significativo para ella. Esto es, hay una diferenciación inicial del conocimiento según el cual es (o se lo considera) significativo para ciertos problemas típicos y para ciertas personas típicas [...]. En las sociedades históricas, está predeterminado en su mayor parte, cuáles son los problemas típicos, a quiénes conciernen, quién debe transmitir las soluciones y a quién son transmitidas. Las respuestas a estas preguntas son, a su vez, elementos del acervo social de conocimiento. Por este medio, la transferencia de conocimiento socialmente significativo se inserta en la estructura social (Schütz y Luckmann, 2001, p. 278).

En particular, llama la atención el antropomorfismo referente a la sociedad. La sociedad no busca recaudos contra su extinción porque no es capaz de realizar esta acción. De la misma manera que

los mercados no dan señales, las conceptualizaciones que pretenden dotar de atribuciones humanas a las estructuras sociales y organizaciones de la sociedad civil refuerzan estereotipos de poca significatividad analítica que velan los contenidos expresados por actores concretos, sean estos grupos, personas o instituciones. En pocas palabras, es un recurso retórico que poco tiene de explicativo, al contrario, tiende a diluir la responsabilidad y precisión de lo dicho, y es en este carácter difuso en lo que se basa su eficacia discursiva. Lippman (2003) es conciente de esto al asegurar que los seres humanos:

[...] tendemos a personalizar cantidades y dramatizar relaciones. Salvo en el caso de las mentes más sofisticadas, todos tendemos a representar los asuntos del mundo en forma de alegorías. De esta manera, tratamos como si fueran personas de carne y hueso a los Movimientos Sociales, las Fuerzas Económicas, los Intereses Nacionales y la Opinión Pública y, a su vez, personas como el Papa, el Presidente, Lenin, el banquero Morgan o el Rey se convierten en ideas o instituciones. El estereotipo humano más profundo es el que confiere naturaleza humana a cosas inanimadas o colectivas (p. 143).

Más allá de esta observación que demarca nuevamente cierto carácter positivista de las obras referidas, cabe preguntarse de qué manera y hasta qué punto se puede afirmar que las sociedades de los siglos XX y XXI han tomado recaudos contra su extinción. A primera vista y considerando la amenaza nuclear, la amenaza ecológica, así como las grandes guerras del siglo pasado y las guerras de ocupación del presente, las modalidades del extractivismo económico y otros factores sociodemográficos, parece una afirmación apresurada.

Como se mencionó en la introducción, la definición acerca del acervo de conocimiento social deja

de lado al conflicto en dos dimensiones específicas. Por un lado, destaca la existencia de problemas significativos, qué constituye un problema y qué no en relación con una predeterminación de la estructura de la sociedad. Por tanto, parecería que lo que constituye un problema podría ser deducido o derivado de la estructura social. Sin embargo, esto no es así porque la constitución de un problema como socialmente relevante emerge de la toma de diferentes posiciones de los actores sociales –y organizaciones– involucrados (organizaciones sociales, sector estatal, sector empresarial, etc). Las estructuras sociales están habitadas por sujetos que les dan forma y vida, las producen y reproducen, lo cual no es irrelevante puesto que de otro modo se corre el riesgo de naturalizar estructuras sociales o caracterizarlas como una fuerza inmanente. La definición de lo que constituye un problema es enunciada por sujetos mediante ciertas estructuras.

Los problemas no se definen como tal en virtud de sí mismos, sino que son definidos por sujetos que participan en diversas estructuras sociales, las cuales promueven, aceptan e imponen ciertos marcos interpretativos; los sujetos utilizan sus marcos interpretativos para reconocer los problemas como socialmente relevantes y caracterizarlos en función de sus interpretaciones. Así, lo que constituye un problema para un grupo puede no serlo para otro. Por ejemplo, el desempleo es un problema para los asalariados ya que tiende a establecer mayor competitividad entre los trabajadores y a reducir los salarios, entre otras cosas, así como para la clase política porque pierde legitimidad entre los votantes, pero no lo es para los empresarios por cuanto este escenario favorece la mano de obra barata y, por ende, el aumento de sus ganancias.

Por otra parte, el análisis se concentra en la relación del sujeto con el acervo social de conocimiento como una relación de “motivos para”. El sujeto se encuentra con una situación que desea dominar, por lo que recurre al acervo social de conocimiento.

Se constituye al conocimiento como la única vía para ejercer dominación sobre situaciones que, dado el carácter social del mundo de la vida, implican el ejercicio del poder dominante sobre otras personas. Si la situación lo permite, bajo la definición de “motivos para” pareciera que en principio el acervo de conocimiento puede ofrecer en cada situación un horizonte no confirmado de una posible respuesta o solución, que permitiría dominar la situación particular en la que el agente está inserto y pretende dominar. Sin embargo, como muestra el mundo contemporáneo, conocer una problemática no implica la capacidad de dominar el problema ya que el conocimiento se encuentra anclado al mundo social y sus determinaciones estructurales.

Además de cierto conocimiento, actuar incluye la disposición de recursos de distinta índole (económicos, políticos, sociales, culturales, etc.) que compongan un conjunto que implique: a) la probabilidad de realizar una determinada acción, con la expectativa de materializar la representación que el agente social hace de sus fines y b) que los efectos de dicha acción perduren en el tiempo y en el espacio, es decir, que exista una estabilidad en el resultado de su acción. En muchos casos, el conocimiento resulta insuficiente para dominar una situación que trascienda la individualidad misma. El autor se centra en la acción individual orientada a un sujeto con alto grado de anonimidad, es decir, un sujeto-objeto bajo la forma de una función social o institución, de carácter típico o normal. Dejar de lado las diversas dimensiones del poder y del conflicto reafirma la concepción armónica de lo social presente en ambos textos.

BREVE REFLEXIÓN FINAL

En las obras referidas, Schütz no se propuso abordar lo político y el conflicto. Se presupone un mundo de la vida en un marco de normalidad y

armonía social. Esto se evidencia a lo largo de ambos textos, en los cuales no se mencionan dichos temas. Los problemas que ejemplifica sobre varios actores sociales corresponden a los problemas de adecuación y no de conflicto y puja de intereses. Para el autor, el mundo de la vida es:

[...] un mundo de cultura porque desde el principio, el mundo de la vida cotidiana es un universo de significación para nosotros, vale decir, una textura de sentido que debemos interpretar para orientarnos y conducirnos en él. Pero esta textura de sentido [...] se origina en acciones humanas y ha sido instituido por ellas, por las nuestras y las de nuestros semejantes contemporáneos y predecesores. Todos los objetos culturales –herramientas, símbolos, sistemas de lenguaje, obras de arte, instituciones sociales, etc.– señalan en su mismo origen y significado las actividades de sujetos humanos. Por esta razón somos siempre conscientes de la historicidad de la cultura [...] (Schütz, 2003, p. 49).

En este artículo no se trata de negar esta característica del mundo de la vida, la cultura, sino de reflexionar sobre el rol específico que le asigna el autor en su obra y aclarar que el mundo de la vida no es un mundo libre de estructuras de poder y relaciones de poder. La vida de los sujetos humanos está atravesada por diversas estructuras que condicionan su accionar y su pensamiento, no solo desde las estructuras culturales y sus asimetrías, sino desde las estructuras de poder (económico, político, social y científico) que son fundamentalmente asimétricas y que cuentan además con una variedad de dispositivos de producción, reproducción y control.

REFERENCIAS

- Acuña, C. H. (1997). ¿Racionalidad política versus racionalidad económica? Notas sobre el modelo neoclásico de acción colectiva y su relación con la teoría y método del análisis político. *Revista Argentina de Ciencia Política*, (1), 31-55.
- De Sousa Santos, B. (2009). *Una epistemología del sur: la reinención del conocimiento y la emancipación social*. México: Editorial Siglo XXI, CLACSO.
- Giddens, A. (1995). *La constitución de la sociedad: bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Amorrortu.
- Hawking, S. W. (2015). *Brevísima historia del tiempo*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Paidós SAICF.
- Lippman, W. (2003). *La opinión pública*. Madrid, España: Editorial Langre.
- Schütz, A. (1995). *Escritos I. El problema de la realidad social*. Madrid, España: Editorial Amorrortu.
- Schütz, A. y Luckmann, T. (2001). *Las estructuras del mundo de la vida*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Amorrortu.
- Wright Mills, C. (1969). *La imaginación sociológica*. La Habana, Cuba: Instituto del Libro (Edición revolucionaria).